

Re-sensibilización del espacio e imaginación situada: topofilia y psicogeografía. Reflexiones teórico-metodológicas sobre las relaciones interafectivas entre el sujeto y el entorno

Re-sensitization of space and situated imagination: topophilia and psychogeography. Theoretical and methodological reflections on the inter-affective relationships between the subject and the environment

Carlos Borja Aguilar

Universidad de Sevilla, España. carlosborjaaguilar@gmail.com

 <https://orcid.org/0009-0003-5622-0037>

Resumen

Este ensayo explora la *psicogeografía* contemporánea como herramienta etnográfica urbana para pensar la ciudad desde la experiencia encarnada y situada del caminar. En base a una reflexión teórica, se plantea que los fragmentos urbanos exhiben unas ontologías múltiples: pueden ser recursos turísticos, activos patrimoniales o lugares vividos cargados de memoria y afecto. El ensayo aporta un giro subjetivo que articula lo material y lo afectivo en un escenario de conversación entre el sujeto que transita y el espacio transitado, profundizando en los vínculos emotivos generados entre ambos, en base al concepto de *topofilia*, *hodología* y la poética del espacio.

- Abstract** This essay explores contemporary psychogeography as an urban ethnographic tool to think of the city from the embodied and situated experience of walking. Based on a theoretical reflection, it is proposed that urban fragments exhibit multiple ontologies: they can be tourist resources, heritage assets or lived places loaded with memory and affection. The essay brings a subjective turn that articulates the material and the affective in a conversation scenario between the subject who transits and the space through which it does, deepening the emotional bonds that are generated between both, based on the concept of topophilia, hodology and poetics of space.
- Palabras clave:** Psicogeografía, espacio vivido, topofilia, antropología urbana, interacción sujeto-entorno.
- Keywords:** Psychogeography, lived space, topophilia, urban anthropology, subject-environment interaction.

Introducción.

En mi investigación doctoral me di cuenta, al realizar varias entrevistas *go along* en torno al centro patrimonial de Sevilla, que en los informantes se daba el fenómeno de una extraña subjetivación del entorno urbano en sus propios relatos; me explico: cuando conversábamos acerca de los espacios y lugares por los que paseábamos notaba que, en la mente de los informantes, operaba una dinámica de afectación del entorno que era muy notoria. Veía que se daba en ellos un proceso de percepción del entorno, asunción de éste y una posterior reinterpretación desvirtuada o *revirtuada* del mismo. Paseábamos por una calle o una plaza y, en vez de contarme lo que me contaría cualquier guía turístico o cualquier historiador, esa persona me estaba ilustrando la trasposición de esos espacios a la trama de su propia biografía o, viceversa, su propia existencia en la trama de esos espacios.

Me pareció algo fabuloso, pues el espacio empezó a cobrar así de diferentes vidas, aspectos y actitudes en base a quién conversaba de él y cómo. Es como si el lugar emergiera de su condición de escenario y pasara a ser el actor principal de una obra. Hay a quién una calle le suponía el centro neurálgico de su juventud y pilar central de los recuerdos que aún le mantienen con ganas de vivir en esta ciudad y hay a quién una determinada zona le supondrá la inversión de todos los ahorros de su vida en forma de anhelo inmobiliario.

Me sorprendió esa dimensión multifacética de los lugares. ¿Cómo es posible que para una persona un edificio sea un activo económico, para otra sea patrimonio colectivo y para otra sea el rincón más especial del (su) mundo? Pero, más especialmente, me sorprendió la carga interactiva que tenía este

fenómeno. La capacidad que tenemos las personas de atribuir significados y dimensiones a una materialidad, pero también la capacidad que tiene la misma materialidad de alterar nuestras emociones y nuestras experiencias.

Cuando leemos un artículo de ciencias sociales en contextos urbanos patrimoniales o turísticos, vemos como el espacio se muestra objetivado, como una entidad autónoma de la ciudad, transmutada de su dinamismo y vivacidad en aras de merecer un trato político, económico, social, simbólico y académico distinto. Se miden los flujos turísticos por temporadas, los impactos en el mercado inmobiliario, los niveles de inversión, la conservación de los edificios o la evolución demográfica de las zonas. Esas dimensiones técnicas son datos indudablemente fundamentales, pero omiten una capa crucial de la realidad humana en esas ciudades: la vivencia subjetiva del espacio (Thrift, 2007). Sería hablar de un giro sensorial y afectivo (Clough y Halley, 2007) en esos debates, pues, ante la imagen de ciudad como signo o representación, que es como operan las instituciones patrimoniales y el mercado turístico, podemos notar que los elementos simbólicos de la ciudad son mediciones emotivo-afectivas que se experimentan desde el cuerpo, la percepción y el ambiente.

En este marco, este ensayo -apoyado en resultados preliminares de una investigación doctoral etnográfica- se propone reflexionar acerca de la relación subjetiva con el entorno y los vínculos generados por esa experiencia situada, encarnada y afectiva. Se plantea que el análisis de los espacios urbanos, especialmente los significativos, exigen incorporar la dimensión subjetiva y sensorial de quienes los experimentan, pues allí se producen campos de sentido que las métricas urbanas no pueden captar. Adquiere centralidad el enfoque fenomenológico y el sentido atribuido por Gaston Bachelard (1975) al hablar de la “poética del espacio”, una categoría casi onírica del espíritu desde la cual la percepción del lugar es mediada por su positividad, es decir, por la experiencia sensible más inmediata, pero, además, por la fuerte carga imaginativa por la cual un lugar emerge de imagen a espacio vivido.

Topofilia.

Estas vivencias subjetivas emotivo-afectivas que una persona tiene al pasear por su ciudad, son las que hacen que el paisaje, al acceder a la propia subjetividad, haga germinar unos componentes *topofílicos* (Tuan, 1974) tan sinceros y certeros, debido a que, a diferencia del paisaje entendido en términos convencionales (visual, icónico, congelado), este está en constante vibración.

El espacio urbano (espacio de las intermediaciones, de las causalidades, de los tránsitos...) es el espacio de la fragilidad de las experiencias, de los malentendidos, de las indiferencias. (...) La calle y los demás espacios urbanos del tránsito son escenarios de esa disponibilidad total, abierta al “ver venir”, en la que un número infinito de potencialidades se despliega alrededor de ese mismo transeúnte que las genera, de tal manera que en cualquier momento pueden hacer erupción, en forma de pequeños o grandes estremecimientos, espasmos, turbulencias, incidentes o accidentes en los que se expresa lo aleatorio de un ámbito abierto, predispuesto para lo que sea, incluyendo los prodigios y los desastres. (Delgado, 2020:4)

El espacio es moción, dinamismo, posibilidad y experiencia. Ese vínculo o relación emotivo-afectiva, que Yi-Fu Tuan (1974) denomina *topofilia* es, ante todo, una experiencia afectiva que emerge de la capacidad del espacio para resonar con nuestro cuerpo, memoria y emociones, con nuestra sensibilidad e imaginación. Como dice Richard Sennett, la geografía positivista y el urbanismo moderno, disciplinas encargadas de ordenar el espacio a medida del humano, hicieron que “el cuerpo se mueva pasivamente por las calles, desensibilizado en el espacio” (2000:21). Es decir, Sennett ya tiene en cuenta la obcecación moderna de ordenar “lo urbano” -en el sentido dado por Delgado (2020) y Lefebvre (2013)-, cuya consecuencia es una pérdida en la conexión sensible, imaginativa y humana con el propio espacio.

Tanto el ingeniero de caminos como el realizador de televisión crean lo que podría denominarse: “liberación de la resistencia”. El ingeniero idea caminos por los que la gente pueda desplazarse sin obstáculos, esfuerzo o participación. El realizador explora las formas de que la gente contemple algo sin sentirse demasiado incómoda. (Sennett, 2000:22)

Esa dimensión sensible del vínculo íntimo y personal con el lugar es la relación que liga a los humanos a aquellos lugares con los cuales, por una determinada razón, conectan o se identifican. En tal medida, dicho sentimiento exaltaría esa suerte de “dimensión simbólica” o subjetiva del habitar humano y, por lo mismo, un poderoso instinto de pertenencia al mundo (Tuan, 1974). La experiencia del lugar sería una interacción dinámica entre cuerpo y entorno, donde la memoria y la emoción pesan más que el tiempo o el espacio.

Como también rescataba Bachelard (1975), el espacio es vivido en su positividad -su geometría y su geografía-, en el conocimiento racional de su experiencia tangible -como criticarían Sennett (2000) o Delgado (2020)-, pero también ha de considerarse todas esas “parcialidades de la imaginación” que el

espacio y el entorno ofrecen (1975:28). Esa afirmación juega con la dimensión psicológica de la tradición geográfica. Concibe una línea teórica sobre las interacciones afectivas socioespaciales. Además, considera que esa distinción, esa adjetivación de lo emotivo en el estudio del espacio, le permite diferenciarse de la frialdad de “lo medible” practicado por la física, la arquitectura o la matemática; abriéndose así la puerta a aspirar a la categoría de espacio vivido o “vivenciado” (Yory, 1998) o el “tercer espacio” de Edward Soja (Albet y Benach, 2010), donde se combina lo real y lo imaginario.

Al igual que David Harvey (2000), que nos ilustra esta capacidad imaginativa e ilusoria de lo urbano con el ejemplo de la novela, dado que esta introduce infinitas posibilidades de sociabilidad y espacialidad a partir de imágenes flexibles del mundo. Evidentemente, existe la materialidad innegable de la realidad, pero es en su atmósfera, en su mística, en los requiebros de la memoria y la añoranza, en la ensoñación del lugar y en la ilusión de las imágenes, donde se despliega el abanico de sentimientos y emociones *topofílicas*.

Esta concepción de la que venimos hablando también fue profundizada por Edward Relph (1976) quien propuso una “fenomenología del sentido del lugar” como un conjunto de significados emergidos de la vivencia encarnada de los espacios. Significados que no pueden ser estáticos ni exclusivos debido a la misma intensidad de su aparición, resultando así ser dinámicos, compartidos e incluso contradictorios y conflictivos, porque la calle, como dice Manuel Delgado, es un “espacio de alteridad generalizada” (2020:5)

Y si la *topofilia* es un “sentimiento”, la naturaleza y comprensión de este comportamiento emotivo-afectivo no puede ser buscado sin más en el espacio en sí, sino en “los modos que un individuo o un grupo de individuos se relacionan con este mediante sus atributos” (Yory: 1998:5). A través de nuestra relación con el entorno y sus atributos construimos la idea de lugar. Y esta noción se establece siempre en el intervalo comprendido entre un “hacia” y un “desde”, inherente a la noción de espacio *hodológico* (Heidegger, 1986), de tránsito, de camino. La idea de lugar está determinada por el transitar de una o varias personas, lo que finalmente acaba desembocando en el “encuentro” como forma de ser-en-el-mundo (Heidegger, en Yory, 1998). Expresión que alude a esa dimensión espacial de nuestra propia existencia individual y grupal, pero más intensamente, a la dimensión significativa de la propia, inscrita siempre en el universo de la mundanidad y la casualidad, de la abigarrada trama

de lo cotidiano. Nuestro paso por el mundo nos fundamenta como seres espaciales y *espaciantes* (habitantes de un lugar y productores de este).

Ralph (1976) también subrayaba que las experiencias genuinas de un lugar pueden ser concebidas también por aquellos que no tienen una relación oficiosa o duradera con él: transeúntes, migrantes, viajeros, vagabundos... Lo esencial sería el encuentro intenso y subjetivo, emotivo-afectivo (Tuan, 1974), con el entorno y sus atributos sensoriales. La generación de atmósfera, de encuentro, de ambiente, de *stimmung* que diría Simmel (1913). Y, como decíamos, esa noción de lugar podríamos mediarla en tanto espacio de encuentro entre seres de camino, de tránsito (Delgado, 2020). Y, desde esta pequeña ventana, una de las apuestas que se desea proponer es el uso analítico del camino para la exploración de la ciudad más allá de su positividad (Bachelard, 1975), en ese “tercer espacio” (Soja, en Albet y Benach, 2010).

Psicogeografía.

La *psicogeografía* fue un método de estudio y exploración concebido por el grupo intelectual/artístico/político de la Internacional Situacionista en el París de los años cincuenta (Mason, et al, 2023) inspirándose en las técnicas de inspiración de los artistas surrealistas de décadas anteriores. Como indica Guy Debord, uno de sus principales instigadores, esta práctica es definida como “el estudio de los efectos precisos del medio geográfico, ordenado conscientemente o no, al actuar directamente sobre el comportamiento afectivo de los individuos” (Internacional Situacionista, 1957). Se trata, por tanto, de un método para estudiar las maneras en que la ciudad interactúa e interpela al estado anímico del individuo y viceversa (Monteverde, 2024), teniendo en la *deriva* su principal herramienta: el paseo sin lugar de destino. Echarse a caminar sin rumbo para dejarse influir por los estímulos de la ciudad, de la atmósfera, del paisaje, de la gente. Hacer etnografía caminante de esas infinitas posibilidades pre o pospositivistas que ofrece el entorno, el ambiente y la superficie caminada. Técnica que fue enmarcada también como una práctica de reimaginación del espacio (Sidaway, 2022).

Tim Ingold (2024) sostenía a colación que desde hace tiempo ha habido un “desprendimiento de las personas con respecto al suelo” (2004:329), y sugiere un enfoque más arraigado y corporeizado del movimiento, centrado en el andar, que pueda abrir nuevas comprensiones sobre la formación y

significación del paisaje, la percepción ambiental y la evolución humana, entre otras materias. Es el método empleado por Mathews (2018) en sus “paisajes transversales”, superar relatos unificados y singulares sobre el paisaje y la realidad para apreciar historias superpuestas y entrelazadas, prestando atención a elementos imaginativos y oníricos, a las impresiones sensitivas inmediatas o a las recurrencias mentales que rescata el entorno.

Esa relación entre caminar, la corporalidad y la sociabilidad sitúa el camino, el trance, lo *hodológico*, en un plano central en los vínculos entre el “yo” y el entorno, surgiendo así una comprensión “multisensorial” de la realidad (Lee e Ingold, 2006). Como señala Anna Tsing (2015), los paisajes surgen a través de encuentros entre personas y otros seres que abarcan desde el mismo suelo a los hongos o a los organismos patógenos propios de los árboles.

Rescatando algunas aplicaciones o consideraciones que recientes y reconocidos autores han tenido con la *psicogeografía*, vemos como Sidaway (2022) reflexionó sobre cómo sus métodos experienciales, experimentales y literarios atendían a la multiplicidad de relaciones con el lugar, además de ofrecer recursos para examinar relaciones desiguales de capital, clase, raza, género o colonialidad; Mason (2021, 2023) desarrolló unas “geografías políticas del caminar” en Jordania para estudiar las conexiones entre colonialidad y género, buscando esa línea de trabajo dentro de la geografía, los estudios de paisaje y la cultura popular que permitiesen explorar historias alternativas de la realidad y el entorno; también destacar estudios *psicogeográficos* en realidades urbanas poscoloniales de Asia y África (Paasche y Sidaway, 2021), los realizados específicamente en Myanmar (Sarma, 2020, 2021) o los proyectos de intervención sociocomunitaria, como las “bibliotecas andantes” de Heddon y Myers (2014).

Actualmente hay proyectos funcionando que toman virtudes de la propuesta *psicogeográfica*, como la beca del Leverhulme Trust sobre *Walking Borders*, explorando el método WIBM: *Walking interview as biographical method*, desarrollado por Brian Roberts y Maggie O'Neill (2019) que exploraban las experiencias, significados y comprensiones sobre las fronteras, el riesgo y el sentido de pertenencia asociados a los lugares y territorios a través de conversaciones extendidas con un abanico de “co-caminantes” que englobaban artistas, académicos o ciudadanos corrientes. Los autores lo desarrollaron como práctica biográfica relacional, multisensorial y fenomenológica, que examinase de forma coproducida y colaborativa las relaciones establecidas entre biografía, historia y cultura para

comprender los mundos sociales conectados con el “lugar/espacio/territorio”, fundamentado en el interaccionismo simbólico, el enfoque fenomenológico de la Escuela de Chicago, la teoría crítica feminista y los estudios poscoloniales (O’Neill y Roberts, 2019).

Como sugiere Ingold (2010), las complejidades de la superficie terrestre serían mejor comprendidas y reconceptualizadas a través del cuerpo del caminante. Caminar perturba y complica las suposiciones sobre la escala espacial y temporal, donde los restos de la historia, la arquitectura y el entorno vivido se entrelazan con las vibraciones incontrolables de la vida cotidiana (Mason, 2023). En síntesis, este es un método para estudiar esa realidad social visible sobre calles y plazas sobrepasando su propia positividad. Y esa comprensión multisensorial del entorno (Lee e Ingold, 2006), requiere poner el cuerpo y la mente consciente en la relación e interacción que acontece entre el “yo” transeúnte y la superficie transitada.

Sennett (2000), en “Carne y Piedra”, da todo un alegato teórico para entender el papel de la subjetividad sobre el entorno y viceversa. La obra es una historia de la ciudad contada a través de la experiencia corporal de las personas: cómo se movían los hombres y mujeres, que veían y escuchaban, qué olían, dónde comían, cómo se vestían, cuándo se bañaban o cómo hacían el amor, todo ello comprendiendo desde la antigua Atenas a la Nueva York contemporánea. En ese libro, el autor adelanta cómo se construye la imagen y forma de las ciudades en torno al cuerpo y la medida (física e imaginativa, positiva y metafórica) de la mujer y el hombre. Uno de los mejores ejemplos lo rescata del Partenón:

En la Antigua Grecia, los atenienses, para demostrar que eran una sociedad abierta, lucían cuerpo y presumían de él (...). Cabría pensar que la desnudez era emblemática de un pueblo que se sentía a gusto en la ciudad. Éste era el lugar en que se podía vivir felizmente expuesto, a diferencia de los bárbaros que vagaban por la tierra sin propósito alguno y sin la protección de la tierra (...). Eso transicionó a la piedra. Poniendo monumentos y obras como el Partenón en lugares que los pudiesen ver todo el mundo. La ubicación del Partenón en la ciudad simbolizaba su valor cívico colectivo. Visible desde muchos lugares de la ciudad, desde los distritos nuevos o en expansión al igual que desde los barrios viejos, la imagen de la unidad resplandecía bajo el sol. (Sennett, 2000: 18-21).

Otro autor, Tim Cresswell (2006), señalaba que, el paisaje de Las Vegas introdujo una nueva manera de organizar el espacio basada en la “visión desde un coche en movimiento a 50 kilómetros por hora

en vez de en la de un sujeto caminando por la calle" (2006: 51). Se trata de una arquitectura de la movilidad, en la que importa más el signo que acompaña al edificio y la forma de ver el signo que el edificio en sí (Benach, 2016). Como con el Partenón, no se buscaba mostrar la grandeza de la arquitectura en tiempos de Pericles, sino el símbolo de una sociedad confiada, abierta y orgullosa de su cuerpo y de su ciudad, generando así una sinergia situada y corporeizada entre el sujeto y el entorno.

Decía Cresswell que en Las Vegas <<los signos y los símbolos se hacen grandes porque necesitan ser entendidos a toda velocidad>>. (...) Como el turista va rápido, necesita disponer de herramientas de lectura rápida, de abreviaciones, rápidamente identificables. (Benach, 2016:95)

La reflexión de Cresswell (2006) y la de Sennett (2000) son iguales de *psicogeográficas*. Los dos estudian la relación e interacción del sujeto (individuo) y el objeto (entorno) en base al "estudio de los efectos del medio geográfico, ordenado conscientemente o no, al actuar directamente sobre el comportamiento afectivo de los individuos" (Debord, 1957). La única diferencia es que Sennett utiliza el cuerpo humano como hilo conductor y Cresswell monta al humano sobre un vehículo motorizado, pero los dos infieren en la carga psico-afectiva o cognitivo-imaginativa que atribuye el entorno sobre el sujeto y que el sujeto adhiere al entorno. De este modo, la *psicogeografía*, al reivindicar una aproximación sensible, encarnada y subjetiva del espacio urbano, nos invita a desplazar la mirada desde el espacio como signo y escena, al espacio como experiencia vivida, cargada de significados y significantes emotivo-afectivos, corporales e históricos que navegan entre la materialidad y la subjetividad.

Conclusión.

Esta sensibilidad hacia el entorno, con el caminar convertido en método y en relación con el mundo en una suerte de "*cosmotécnica*" geográfica (Hui, 2016), nos hace pensar en cómo la experiencia del

espacio se inscribe en el cuerpo y mente de los sujetos paseantes, en su positividad y su imaginación, en su materia y en su espíritu, en su cognición y en su emoción. Tras reconocer en la *psicogeografía* el cuerpo como sujeto en estado de “ensoñación” dejándose influir por el entorno y las atmósferas, podemos hablar de un “giro subjetivo” en el cual la crítica fenomenológica y cognitivo-emotivo-afectiva, que hemos rastreado desde autores como Tuan (1974), Bachelard (1975) o Relph (1976), nos recuerda que la experiencia del lugar no se agota en su “representación” -preservación y exposición-, sino que está encarnada conjuntamente en cuerpos, memorias, sentires y emociones subjetivas, formando una suerte de ensamblaje sensorial sujeto-objeto, similar a un *stimmung* (Simmel, 1913) o atmósfera compartida entre lo mirado y quién lo mira, lo paseado y quién lo pasea, lo narrado y quién lo narra.

Lo que se ha intentado sostener es, primeramente, una observación sencilla, pero con consecuencias: los fragmentos urbanos no son sólo una cosa. Cuando caminamos aparece una pluralidad de modos de ser del lugar. Multiplicidad que se convierte en fenómeno en sí. Desde una óptica antropológica, entonces, el interés no estaría en decir qué versión del lugar, en su infinita variedad, es verdadera o legítima, sino por qué esas versiones emergen y se estabilizan, y qué papel tiene en la vida del sujeto.

Referencias.

- Benach, N., & Albet, A. (2010). Edward W. Soja, la perspectiva postmoderna de un geógrafo radical. *Human Geography Today*, 260–278. Icaria.
- Benach, N. (2016) ¿Ciudades en el mapa o en la guía turística? Venta de la ciudad y sentido del lugar. *Revista CIDOB d'Afers Internacionals*, 2016(113) 89-105
- Bachelard, G. (1975). La poétique de l'espace. *Presses Universitaires de France*.
ISBN 13: 9782130523819
- Clough, P., y Halley, J. (Ed.) (2007). *The affective turn: Theorizing the social*. Duke University Press.
- Cresswell, T. (2006) *On the Move: Mobility in the Modern Western World*. Routledge,
- Debord, G. (1957) La Sociedad del Espectáculo. *Revista de Observaciones Filosóficas*.
<https://www.observacionesfilosoficas.net/download/sociedadDebord.pdf>
- Delgado, M (2020) Lo urbano como texto ilegible y cuerpo sin órganos. *Crítica urbana*.

- Heddon, D., & Myers, M. (2014). Stories from the walking library. *Cultural Geographies*, 21(4), 639–655.
- Heidegger, M. (1986). *Ser y Tiempo*. Ed. F.C.E.
- Ingold, T. (2000) *The Perception of the Environment. Essays on livelihood, dwelling and skill*. Routledge.
- Lee, J., & Ingold, T. (2006). *Fieldwork on foot: Perceiving, routing, socialising* Locating the field: Space, place and context in anthropology. Routledge.
- Mason, O. (2021). A political geography of walking in Jordan: Movement and politics. *Political Geography*, 88. <https://doi.org/10.1016/j.polgeo.2021.102392>
- Mason, O. (2023). The geographies of (post)colonial and settler-colonial infrastructures. *Transactions of the Institute of British Geographers*. <https://doi.org/10.1111/tran.12599>
- Mathews, A. S. (2018). Landscapes and throughscapes in Italian forest worlds: Thinking dramatically about the anthropocene. *Cultural Anthropology*, 33(3), 386–414.
- Monteverde, J. (2024) *Psicogeografía. Trayectoria de un método*. Pepitas de calabaza.
- O'Neill, M., & Roberts, B. (2019). *Walking methods: Research on the move*. Routledge.
- Paasche, T. F., & Sidaway, J. D. (2021). Transecting securityscapes: Dispatches from Cambodia, Iraq, and Mozambique. *Athens GA: University of Georgia Press*.
- Relph, Edward. (1976) *Place and Placelessness*. Pion. <https://doi.org/10.2307/213523>
- Sarma, J. (2020). Seeing like a border: Resource frontiers, voices and visions on Myanmar's borderlands with India and China. Doctoral Dissertation. *National University of Singapore*. <https://scholarbank.nus.edu.sg/handle/10635/193869>.
- Sarma, J. (2021). Highways and hierarchies. In L. Heslop, & G. Murton (Eds.). The edge of Kaladan: A 'spectacular' road through 'nowhere' on the India-Myanmar borderlands.: *Amsterdam University Press*. <https://doi.org/10.1017/9789048552511.006>, 125–154.
- Sennett, R. (2000) *Carne y Piedra. El cuerpo y la ciudad en la sociedad occidental*. Alianza Editorial

- Sidaway, J. D. (2022). Psychogeography: Walking through strategy, nature and narrative. *Progress in Human Geography*, 46(2), 549–574.
- Simmel, G. (1913). *Filosofía del Paisaje*. (edición 2013) Editorial Casimiro.
- Thrift, N. (2007). *Non-representational theory: space, politics, affect*. Routledge.
- Tsing, A. (2015) *The Mushroom at the End of the World: On the Possibility of Life in Capitalist Ruins* . Princeton University Press <https://doi.org/10.4000/lhomme.30449>
- Tuan, Y. (1974). *Topophilia: A Study of Environmental Perception. Attitudes and Values*. Ed. Prentice-Hall. <https://doi.org/10.2307/1424328>
- Wirtz, F. (2020) Yuk Hui y la pregunta por la cosmotécnica. *La Caja Negra Editora* <https://cajanegraeditora.com.ar/yuk-hui-y-la-pregunta-por-la-cosmotecnica/>
- Yory, C. (1998). *Topofilia o la dimensión poética del habitar*. CEJA- COLCIENCIAS. Bogotá. <https://doi.org/10.2307/j.ctv8j5sf.8>